

resonar el diálogo de los visitantes, bajó la escalera, puso la llave del cuarto en la portería, y recibió en cambio un billete de manos del portero, el cual, á la primera mirada reconoció Petrus por la forma de la letra ser de su tío.

Le convidaba á comer para el día en que estuviera de vuelta en París.

El general Herbel deseaba saber sin duda si la lección había aprovechado.

Petrus encargó al conserje que hiciera el favor de ir á casa de su tío á anunciarle que estaba de vuelta y que á las seis en punto iría á verle y á ponerse á sus órdenes.

## CAPÍTULO IX.

### LA CANCIÓN DE LA ALEGRÍA.

No hemos dicho al lector ni por qué se vestía Petrus ni adónde iba, pero sin duda que esto lo habrá adivinado.

Petrus había bajado la escalera más rápido que un pájaro.

Habíase parado en la portería para lo que hemos visto: había preguntado por costumbre si no había para él más cartas que la de su tío; había mirado maquinalmente tres ó cuatro cartas que le habían presentado, y no viendo en ninguna de ellas la letra que buscaba, las había rechazado, tomando sólo una de letra fina y pequeña, con sobre delicado y perfumado, la había acercado á los labios y se había lanzado á la calle.

Era una carta de Regina recibida de Saint-Malo.

Los dos jóvenes se escribían todos los días: las cartas

de Petrus iban dirigidas á la buena Anita, y las de Regina dirigidas á él mismo.

Había sacado Regina de su posición excepcional cierta fuerza que templaba la separación de ambos.

Sin embargo, Petrus había sido el primero en decirle que no le escribiera durante su ausencia: una carta perdida, extraviada ó robada los hubiera perdido á ambos.

Petrus encerraba las cartas de Regina en una especie de arquita de hierro admirablemente trabajada, y que estaba sellada en una cómoda.

Inútil es decir que esta cómoda estaba exceptuada de la venta.

Tal cómoda era sagrada.

Petrus, con esa religión del amor que se profesa á ciertos objetos, cuando se ama verdaderamente, hubiera creído un sacrilegio venderla.

Si el hombre viviera veinticinco años en la misma habitación, amueblada con los mismos muebles, podría con ayuda de éstos referir los menores detalles de su vida.

Por desgracia, el hombre siente de tiempo en tiempo la necesidad de mudar de habitación y de renovar su mobiliario.

Digamos también que la llave de aquella cómoda jamás abandonaba á Petrus.

Llevábala colgada siempre al cuello con una cadena de oro.

Además, la cerradura era tan complicada, que el cerrajero que la había confeccionado aseguró á Petrus que el más hábil rosiñolista perdería su tiempo en querer descestrarla ó abrirla.

Petrus, pues, por este lado no abrigaba inquietud ninguna.



Sólo que como los reyes de Francia esperan en el pudriero de los subterráneos de San Dionisio que su sucesor venga á reemplazarlos, una carta de Regina esperaba siempre sobre el corazón de Petrus que otra carta viniera á ocupar su puesto.

Entonces la antigua pasaba á unirse con sus hermanas del cofre de hierro, el que mientras Petrus estaba en París se abría regularmente todos los días para recibir un nuevo depósito, es decir, la carta recibida la vispera.

Besada la carta y metida en el bolsillo, Petrus salió á la calle de Nuestra Señora del Campo, luego por la de Chevreuse y llegó al boulevard exterior.

¿ Necesitaremos indicar el final de su paseo ?

Petrus, lanzado al paso gimnástico, siguió el boulevard de los Inválidos, y sólo se paró á algunos pasos de la verja, tras de la cual estaba situado el palacio del mariscal de Lamotte-Houdón.

Después de haber inspeccionado el boulevard y haberse asegurado de que estaba desierto ó poco menos, Petrus se arriesgó á pasar por delante de la verja.

No vió nada ni le pareció que había sido visto.

Volvió, pues, sobre sus pasos, y pegándose á un enorme tilo, alzó los ojos hacia las ventanas de Regina.

¡ Ay ! el sol daba de lleno sobre las ventanas y las persianas estaban cerradas.

Peró estaba seguro de que antes que llegara la noche una ú otra de aquellas persianas se alzaría y dejaría ver la blanca amiga de quien hacía una eternidad que estaba parado.

Entretanto, el flujo de la reflexión invadió su mente.

¿ Qué hacía en aquel momento ? ¿ Estaba en casa ? ¿ Estaba en él en aquella hora en que estaba cerca de ella

Por más desierto que esté el boulevard de los Inválidos, de cuando en cuando suele pasar alguna persona.

Una de éstas venía hacia donde Petrus estaba.

Petrus dejó el árbol y se puso en movimiento.

Conocía hacia ya mucho tiempo todas las vueltas y revueltas que era preciso dar para hacer perder la pista, las miradas de los transeuntes ó las miradas inquisitoriales de los vecinos.

Volvió á tomar su paso gimnástico y cruzóse con el transeunte, caminando con la rapidez de un hombre de negocios que necesita llegar lo más pronto posible al término de su carrera.

Algunas veces le era imposible á Regina asomarse al balcón y entregarse á esa telegrafía expresiva inventada por los amantes, mucho antes que á los gobiernos se le ocurriese la idea de hacer de ella un medio de correspondencia política ; pero entonces, imaginando que Petrus estaría allí, dejaba flotar una punta del chal, escapar un bucle de cabellos, caer su pañuelo ó su abanico por entre las aberturas de la persiana.

A veces también solía ser una flor.

— ¡ Oh ! entonces Petrus era completamente feliz, porque aquella flor quería decir :

— Ven esta noche, querido Petrus, tengo esperanzas de que podremos vernos algunos momentos.

Otras veces no veía ni chal, ni pañuelo, ni cabellos, ni abanico, ni flor ; pero sin ver á Regina llegaba á oír su voz.

Era una orden dada á cualquier criado, era el sonido de un beso dado en la frente de Abeja, y que tenía su eco delicioso en el corazón de Petrus.

Peró las mejores horas de Petrus eran las de la tarde y



las de la noche, aun cuando no tuviera la esperanza de ver á Regina.

Tenia su árbol predilecto desde donde veía mejor y donde no era visto.

Allí, con los ojos vagamente fijos en la fachada de la casa, perdíase en deliciosos ensueños, en seductores contemplaciones.

Regina, ni aun sospechaba su presencia, porque ciertamente, si hubiera creído que Petrus estaba allí, hubiera hallado medio de abrir su ventana, de enviarle en un rayo de luna, en el fulgor vacilante de una estrella, el beso que ciertamente había merecido.

Pero no, las noches en que nada se habían prometido, Petrus no pedía ni un beso, ni una palabra, ni aun una mirada.

Y cuando la volvía á ver se guardaba muy bien de decirle:

— Todas mis horas de sueño, mi amada Regina, he venido á pasarlas cerca de ti.

No: hubiera temido despertar en el corazón de la mujer la ternura aletargada durante su casto sueño.

Guardaba para él el dulce secreto de sus paseos nocturnos: feliz con velar á la hora en que Regina dormía, como las madres son felices al velar el sueño de sus tiernos hijos.

Dios sólo sabe y Dios sólo podría decir las puras alegrías, porque el humano lenguaje es muy pobre para expresar las dichas, las felicidades íntimas; Dios sólo podía decir las puras alegrías, las inmaculadas emociones que acarician á un corazón de veinte años en esas horas pasadas bajo el balcón de una mujer adorada.

Entonces el cielo, la tierra y el aire pertenecen á

amante; y no sólo el mundo que con sus pies huella le pertenece, sino que le pertenecen también cuantos mundos giran en el vacío sobre su cabeza.

Libre de los harapos de la materia, su alma, como una blanca estrella, resplandece en el puro éter entre los hombres y Dios.

Pero preciso es decir que es breve el tiempo durante el cual los ángeles prestan sus blancas alas al alma enamorada, y llega un momento en que el peso del cuerpo, aumentado con el de los años, la hace, si se arriesga á levantar de nuevo el vuelo, caer destrozada sobre la tierra.

Inútil es decir que Petrus, echado de su observatorio por el transeunte, en cuanto éste pasó había vuelto á él.

Su alma volaba por el cielo con alas de ángel.

Y sin embargo, ni el más leve movimiento hacia oscilar las persianas. Transcurrían segundos, minutos y horas: sin duda Petrus había venido demasiado tarde y Regina había ya salido.

Pero no importa: presente ó ausente, Petrus hablaba con ella. Referíale la larga elegía de sus desgracias. Como insensato había creído que para agradarla le era preciso aparecer otra cosa de lo que era: presentarse con el lujo de la riqueza y no con el del genio; y en su mente, Regina sonreía, le escuchaba, se encogía de hombros y le llamaba niño; pasaba su mano fina y blanca por entre sus rizados cabellos, diciéndole: « ¡ Aún, aún!... » de modo que la contaba todo, burlándose de sí mismo; la vista de su padre, la historia de la granja, y Regina ya no reía, no se burlaba; Regina lloraba y le decía llorando:

— Trabaja, mi querido Petrus, sé un hombre de genio. Te prometo que miraré la mano que maneja el pincel y no el guante que cubre esa mano. Trabaja, y de hoy más, al



no encontrarte en el bosque sobre tu árabe alazán tostado, con cola y crin negra, con ojos y pies de gacela, me dire á mí misma: mi Van-Dick trabaja y prepara su cosecha de gloria para la próxima exposición. Trabaja, amado Petrus, trabaja y sé un hombre de talento.

Aquí llegaba Petrus de sus ensueños, cuando oyó el ruido de un carruaje.

Se volvió.

Era Regina que volvía con la marquesa de la Tournelle y el mariscal de Lamothe-Houdón.

Petrus se alejó segunda vez de árbol en árbol, de modo que si era visto sólo pudiera conocerlo Regina.

Ni aun se atrevió á volver la cabeza.

Oyó el ruido chillón de la verja al abrirse y cerrarse y el chirrido de la colosal llave al dar vuelta en la cerradura.

Sólo entonces se volvió.

El carruaje había entrado.

Daban las cinco y media en el cuartel de los Inválidos.

En casa de su tío se comía á las seis en punto. Podía pues, disponer á lo más de veinte minutos.

No perdió tiempo y fué de nuevo á colocarse en el observatorio.

Pero, se decía á sí mismo, acabada de entrar Regina no podrá subir á su cuarto y asomarse al balcón: necesita una ocasión, un pretexto: además, ¿le habría visto?

Se recordará que Petrus no se había atrevido á volver la cabeza.

Dieron los tres cuartos en el reloj de los Inválidos.

Aun vibraba en el aire la última campanada, cuando la persiana se abrió para dar paso primero á la rubia cabeza de Abeja.

Pero Abeja era siempre el precursor de Regina, como San Juan de Jesús: detrás y por cima de la cabeza de la niña, asomaba la cabeza de la joven.

Su primera mirada indicó á Petrus que sabía que estaba allí.

Después le preguntó cuánto tiempo hacía que estaba allí: pero Petrus lo había completamente olvidado, y aun cuando lo hubiera sabido, no lo hubiera dicho.

En cuanto á Regina, decían bien claramente sus miradas:

— No es culpa mía el haber tardado; me han llevado, no quería salir; sabía que vendrías; te esperaba. Perdóname: no he podido venir antes... pero aquí estoy ya...

Después Regina sonreía como para decir á Petrus:

— Tranquilízate amado mío; tendré en cuenta el tiempo que has perdido en esperarme; te guardó una sorpresa.

Petrus juntó las manos.

¿Cuál era aquella sorpresa?

Regina continuaba sonriendo.

Petrus no pensaba en el tiempo que transcurría rápidamente; en que su tío le esperaba para comer, y que su tío, como Luis XIV, se incomodaba cuando le hacían esperar.

Por fin, Regina cogió una flor que estaba colocada entre los rubios cabellos de su hermana: la levantó á la altura de sus labios y la dejó caer lanzando al viento un beso, cerrando en seguida la persiana.

Petrus dejó escapar un grito de alegría.

Vería á Regina aquella noche.

Cerrada ya la persiana, millones de besos, vueltos en cambio del beso lanzado, pensó en su tío, sacó su reloj y miró la hora.

Eran las seis menos cinco minutos.



Petrus se lanzó á la calle Plumet, corriendo más ligero que un gamo.

Para un andarín de profesión, del palacio de la Mothe-Houdón al palacio Courtenay sólo había diez minutos de camino.

Petrus tardó siete.

El general Herbel había tenido la cortesía de esperar dos minutos á su sobrino y acababa de sentarse á la mesa, cuando sonaron los dos campanillazos, anunciando que el convidado había por fin llegado.

El general había ya comido parte de la sopa.

Al ver al perezoso, las cejas del general se frunció desmesuradamente.

Al ver el gesto del olimpico el austriaco Frantz, que quería mucho á Petrus, rezó en voz baja y en su lengua materna una oración por él.

Pero el rostro del general recobró su aspecto ordinario al reparar en el lamentable estado de su sobrino.

Petrus estaba anegado en sudor.

— Á fe mía, dijo el general, que no hubieras hecho mal en descansar un momento en la antesala, porque va á poner chorreando la silla.

Petrus aceptó alegremente la tonada de su tío.

El general podía lanzar contra él toda clase de dicitos.

Petrus llevaba el paraíso en el corazón.

Cogió la mano de su tío, la besó, y fué á sentarse enfrente de él.

## CAPÍTULO X.

¡ Oh primavera ! ¡ Juventud del año !  
¡ Oh juventud ! ¡ Primavera de la vida !

Á las nueve, Petrus dejaba á su tío y tomaba de nuevo el camino de la calle de Nuestra Señora del Campo.

Antes de entrar en su casa levantó la cabeza hacia su pobre taller que dentro de cinco días sería completamente devastado, y vió en él luz.

— ¡ Juan Robert ó Ludovico ! murmuró Petrus.

Y pasó haciendo una señal al portero que equivalía á estas palabras :

— No cojo la llave, porque me esperan.

Petrus no se engañaba ; quien le esperaba era Juan Robert.

Apenas Petrus apareció en el umbral, Juan Robert se lanzó en sus brazos exclamando :

— ¡ Éxito completo, mi querido Petrus !

— ¿ Qué éxito ? preguntó Petrus.

— Cuando digo éxito, dijo Juan Robert, es que quiero decir entusiasmo.

— ¿ De qué me hablas ? Vamos, continuó Petrus sonriendo, porque al fin si hay éxito, quiero aplaudirlo, si hay entusiasmo quiero compartirlo.

— ¡ Cómo que éxito ! ¡ Cómo que entusiasmo ! Has olvidado que esta mañana leía á los actores de la Puerta de San Martín.



— No lo he olvidado: no lo sabía. ¿Conque éxito completo?

— Completo, Petrus. Están locos; al segundo acto Dante se levantó y vino á darme la mano: en el tercero me abrazó Beatriz. Yo sabes que la Dorval es la que me hará la Beatriz. Por fin, cuando terminó la lectura, todo el mundo, actores, directores, apuntador, traspuntes y demás me saltaron al cuello: francamente que me llegué á imaginar que tanta cordialidad me ahogaba.

— ¡Bravo, amigo mío!

— Venia á traerte tu parte de satisfacción.

— Gracias; tu triunfo me encanta más que me admira. Ludovico y yo te lo habíamos predicho.

Y Petrus lanzó un suspiro.

Al entrar de nuevo en su taller, que no había visto, al encontrarse de nuevo frente á frente con todos aquellos objetos, de arte unos, caprichos otros, reunidos con tanto trabajo, Petrus pensó que iba á dejar todo aquello y la pura alegría de Juan Robert le arrancó un suspiro del pecho.

— ¡Ah! vuelves de Saint-Malo triste, querido amigo, y á mi vez me toca el preguntarte por qué.

— Y á mi vez también yo puedo decirte: ¿has olvidado?

— ¿Qué?

— Al ver de nuevo todos estos objetos, todos estos muebles que voy á dejar, te confieso que me falta el valor que se me parte el corazón.

— ¿Cómo que los vas á dejar?

— Sin duda.

— ¿Vas, pues, á alquilar tu habitación? ¿Vas á viajar?

— Pues qué, ¿no sabes?

— ¿Qué?

— ¿Salvador no te ha dicho?...

— Nada.

— Bien, entonces hablemos de tu obra.

— ¡No, pardiez! hablemos de tu suspiro. No he de estar yo alegre cuando tú estás triste.

— Querido Ludovico, el domingo próximo hago almohada de todo esto.

— Qué, ¿lo vendes?

— Sí.

— ¿Vendes tus muebles?

— ¡Oh! si fueran mis muebles no los vendería.

— Explicáte.

— Serían míos sí los hubiera pagado, y los vendo para pagarlos.

— Comprendo.

— No, no comprendes.

— Entonces habla.

— Es que me da vergüenza enterar á mi mejor amigo de mis debilidades.

— Vamos, ¡qué diantres!

— Pues es, hablando francamente, que estaba en camino de arruinar á mi padre.

— ¿Tú?

— Sí; pero me he detenido á tiempo; dentro de un mes acaso ya hubiera sido tarde.

— Petrus, tengo en mi gaveta tres billetes firmados por Garat, una de las firmas, no sólo más legibles, sino de las más apreciadas que conozco: excuso decirte que están á tu disposición.

Petrus se encogió de hombros, y tomando la mano de Juan Robert, le preguntó:

— ¿Y tu viaje?



— ¡ Oh ! no me gustará el viajar sabiendo que estás triste. Además, me quedan las repeticiones de mis dramas y la reputación del nuevo.

— Hay otra cosa además, dijo Petrus sonriendo.

— ¿ Qué otra cosa ? preguntó Juan Robert.

— ¿ Has acabado con la calle Laffitte ?

— Gran Dios, ¿ por qué concluir ? Es como si yo te preguntara á ti si habías concluido con el boulevard de los Inválidos.

— ¡ Silencio, Juan !

— Pero ya comprendo ; rehusas mis tres mil francos, porque no sabrías qué hacer de ellos.

— No es por eso, aun cuando en algo tienes razón, y es que mil escudos son poco para lo que necesito.

— Vaya, me haces pensar en una cosa : arroja esos mil escudos á los más impacientes, haz que esperen la representación de mi obra, y al día siguiente que vayan á casa de Porcher y tendrás diez, quince mil francos sin un céntimo de interés.

— ¿ Quién es Porcher ?

— Un hombre original ; el *rara avis* de Juvenal ; la providencia de la gente de letras ; el verdadero ministro de bellas artes, encargado por la Providencia de alentar al talento y de conceder primas al genio. ¿ Quieres que vaya á decirle que estás escribiendo una pieza conmigo, y te presta en seguida diez mil francos ?

— ¿ Estás loco ? ¿ Acaso yo soy escritor ?

— ¿ Y eso qué importa ? La haré yo solo.

— Pues, y me llevaré yo la fama y el dinero.

— Me lo devolverás cuando puedas.

— Gracias, querido, el cuándo podría llegar demasiado tarde si es que llegaba alguna vez.

— Ya comprendo ; preferirías encontrar un judío de la tribu de Levi : no remuerde la conciencia de hacer esperar á éstos : y á éstos se les atrapa siempre, ó nos atrapan, mejor dicho.

— Tanto me da un judío como otro.

— ¡ Diablo ! ¡ diablo ! ¡ diablo ! Pues señor, el arte tiene sus límites. Es una autor dramático y tiene por oficio el crear incidentes y desatarlos, embrollar situaciones y desenlazarlas ; tenemos la pretensión de escribir la comedia como Beaumarchais, la tragedia como Corneille, el drama como Shakespeare, y está uno aquí empotrado, emparedado, metido en el nido como el cuervo que quiere imitar al águila : debe uno veinte mil ó treinta mil miserables francos ; tiene uno en la mano, en la cabeza, en la inteligencia con qué pagarlos un día, pero provisionalmente maldito si sabe uno qué partido tomar ni qué hacer.

— ¡ Trabajar ! dijo una voz sonora en el fondo del taller.

Á esta sola palabra se comprende fácilmente que era el buen genio quien venía en ayuda de un amigo indeciso, de un autor dramático embarazado.

Era Salvador.

Los dos amigos volvieron la cabeza al mismo tiempo, llevados de un mismo sentimiento : la alegría y la gratitud.

Ambos también le tendieron á un tiempo sus manos.

— Buenas noches, maestros, les dijo : parece que estamos tratando la gran cuestión humana : ¿ Es posible vivir sin trabajar ?

— Justamente, dijo Petrus, y á un trabajador obstinado como Juan Robert, que á los veintiséis años ha hecho más que muchos académicos á los cuarenta, respondería ahora mismo : no, amigo mío, no, y cien veces no.



— ¿Cómo, nuestro poeta celebraba la pereza? Haced primero que os conozcan; luego haréis una canción cada mes, cada trimestre, cada año, y nada más os pedirán.

— No, me ofrecía simplemente su bolsillo.

— No aceptéis, Petrus: si debierais aceptar semejante servicio de un amigo, hubiera reclamado la preferencia.

— No lo aceptaré de nadie, dijo Petrus.

— Estoy seguro de ello, y hé aquí por qué, sabiéndolo, no os he ofrecido nada.

— Por fin, dijo Juan Robert dirigiéndose á Salvador; ¿vuestro parecer es que vendamos?

— ¡Sin duda! respondió Salvador.

— Vendamos, dijo resueltamente Petrus.

— Vendamos, dijo Juan Robert suspirando.

— Vendamos, dijo Salvador.

— Vendamos, añadió una cuarta voz despertándose como un eco en el fondo del taller.

— ¡Ludovico! dijeron los tres amigos.

— ¿Parece que se trata de vender? preguntó éste adelantándose con las dos manos tendidas y la sonrisa en los labios.

— Si:

— ¿Y qué?... ¿puede saberse?

— Nuestro corazón, escéptico, dijo Juan Robert.

— Á fe mía, vended el vuestro si se os antoja, dijo Ludovico: en cuanto al mío, lo retiro del escaparate: está ya acomodado.

Después, sin hablar más de la venta en cuestión, los cuatro amigos se pusieron á hablar de artes, literatura y política, én tanto que la tetera hervía al fuego y que ellos por sí mismos preparaban el té.

El té no es bueno, consignad este importante axioma,

el té no es bueno más que cuando se lo prepara uno á sí mismo.

Permanecieron juntos hasta medianoche.

Pero á la primera campanada de las doce, todos se levantaron como impulsados por un resorte eléctrico.

— ¡Las doce! dijo Juan Robert; me voy á casa.

— ¡Las doce! dijo Ludovico, también yo me voy á casa.

— ¡Las doce! dijo Salvador, tengo que hacer.

— ¡Y yo también! dijo Petrus.

Salvador le alargó la mano.

— Sólo nosotros hemos dicho la verdad, mi querido Petrus, dijo el mandadero.

Ludovico y Juan Robert se echaron á reir.

Todos cuatro bajaron juntos.

En la puerta se pararon.

— Ahora ¿queréis que os diga á cada uno de los tres á dónde vais? preguntó Salvador.

— Si, respondieron los tres jóvenes.

— Vos, Juan Robert, vais á la calle Lafitte.

Juan Robert dió un paso atrás.

Á otro dijo riéndose:

— Vos, Ludovico, ¿queréis que os diga dónde vais?

— Decid.

— Á la calle de Ulm.

— En efecto, dijo Ludovico retrocediendo.

— ¿Y vos, Petrus?

— ¡Oh!... yo...

— Boulevard de los Inválidos. Solamente os encargo una cosa: valor, Petrus.

— Lo tendré, dijo Petrus estrechando la mano de Salvador.

— Y vos, dijo Juan Robert ¿adónde vais? Ya com-



prendéis que no podéis llevaros nuestros tres secretos sin que nos dejéis al menos en cambio una parte del vuestro.

— ¿Yo? preguntó Salvador en tono grave.

— Sí, vos.

— Voy á ver si puedo salvar á Mr. Sarranti, que debe ser ejecutado dentro de ocho días.

Y cada cual echó por su lado.

Pero los tres jóvenes se alejaron pensativos.

¡Cuanto más valía que ellos aquel misterioso obrero que llevaba á cabo en la obscuridad una grande obra, y que en tanto que ellos sólo amaban á una mujer, él amaba á la humanidad entera!

Verdad es que amaba á Fresolina, y que Fresolina le amaba á él.

## CAPÍTULO XI.

### LA CALLE LAFFITTE.

Sigamos á cada uno de nuestros héroes, y este será el medio de que les hagamos dar á cada uno un paso.

Procedamos jerárquicamente y comencemos por Juan Robert.

Hay una regular distancia de la calle del Oeste á la calle Laffitte; así que, Juan Robert tomó un cabriolé que encontró en la calle de Vaugirard, y que volvía vacío á la barrera del Maine.

Después atravesó casi todo París.

Hacia fines de 1827, París concluía en la nueva Atenas, y la nueva Atenas empezaba en la calle de San Lázaro.

Á la tercera parte de la calle, Juan Robert hizo parar al cochero.

Este le habia preguntado inútilmente el número de la casa.

— Yo os diré cuándo habéis de parar, habia contestado Juan Robert.

Las doce y cuarto daban en Nuestra Señora de Loreto cuando Juan Robert se apeaba del carruaje.

Pagó al cochero como poeta satisfecho y como enamorado contento, y se deslizó embozado en su capa junto á las paredes de la casa.

En esta época, los jóvenes, como los retratos de Byron, de Chateaubriand y de Mr. d'Arincourt, llevaban todavía capa.

Llegado al número veinticuatro, Juan Robert se paró.

La calle estaba desierta; tiró, pues, no del tirador de campanilla que estaba á la vista, sino de un pequeño botón casi invisible, esperó.

El conserje no tiró de la cuerda, sino que vino él mismo á abrir.

— Natalia, dijo á media voz Juan Robert deslizando una moneda de oro en la mano del aristocrático conserje para indemnizarle de su incomodidad nocturna.

Hizo el conserje una señal de inteligencia, entró con Juan Robert en el portal, y abrió una puerta que daba á una escalera excusada.

Juan Robert subió por esta escalera.

El conserje cerró la puerta detrás de él.

Luego, mirando la moneda, dijo:

— ¡Diablo! la señorita Natalia hace un buen negocio; ya no me extraña que ande tan elegante.



En cuanto á Juan Robert, subió la escalera con una rapidez y ligereza que indicaban á la vez el conocimiento que tenia de la localidad y su deseo de llegar al tercer piso, que parecia ser el fin de su ascensión nocturna.

Parecia esto tanto más probable, cuanto que medio perdida en la obscuridad, una persona estaba esperando su llegada.

— ¿Eres tú, Natalia? dijo el joven.

— Si, señor, respondió una joven cuyo irreprochable continente justificaba por completo lo que cinco minutos antes acababa de decir de ella el portero.

— ¿Tu señora?

— Está avisada.

— ¿Me podrá recibir?

— Lo espero.

— Infórmate, Natalia, infórmate.

— ¿Queréis entrar mientras tanto en el palomar? preguntó sonriendo la moderna Martón.

— Donde quieras, donde te dé la gana, hija, con tal que donde entre no esté mucho tiempo solo.

— ¡Oh! en cuanto á eso descuidad; podéis estar seguro y orgulloso á la vez de que os aman.

— ¿De veras, Natalia?

— ¡Oh! lo merecéis.

— ¡Aduladora!

— Un nombre de quien se ocupan los periódicos.

— ¿Y qué? ¿no hablan también los periódicos de Mr. de Marande?

— Si, pero de él no es lo mismo.

— ¡Bah!

— Él no es poeta.

— Pero es un banquero. ¡Oh! Natalia, entre un ban-

quero y un poeta pocas mujeres serán las que escojan este último.

— Sin embargo, mi señora...

— Tu señora, Natalia, no es una mujer, es un ángel.

— ¿Y yo, qué soy?

— Una encantadora parlanchina que me está haciendo perder un tiempo precioso.

— Entrad, dijo la doncella; voy á hacer lo posible por recobrar el tiempo perdido.

Y empujó á Juan Robert hacia la habitación que la joven habia designado con el nombre de palomar.

Era esta habitación un encantador gabinete, forrado todo de tela de Persia, así como el tocador que á él estaba unido.

Los sofás, las butacas, las cortinas, la cama, todo era de Persia.

Una lámpara, suspendida del techo, de cristal de Bohemia color de rosa, iluminaba aquel pequeño retrete parecido al que los silfos y ondinas preparan para la reina de las hadas cuando ésta va de viaje por sus estados.

Y en efecto, cuando Mad. de Marande no podia recibir á Juan Robert en su casa, solia pasar allí una hora con él.

Sólo que como estaba situada bajo las tejas, Mad. de Marande, como Juan Robert, la llamaban su palomar.

Y la pequeña pieza parecia merecer este título, no sólo por estar en el mismo piso, sino porque en ella se amaba tiernamente.

Todo el mundo, excepto Mad. de Marande, Juan Robert, Natalia y el tapicero que la habia amueblado, ignoraban la existencia de aquella habitación.

Allí estaban guardados, encerrados como en una caja, todos esos mil recuerdos que forman la riqueza del verda-



dero amor; los bucles de cabellos cortados, las cintas caídas de la cabeza y ocultas sobre el corazón, los ramos de violetas de Parma marchitos, y hasta las conchillas y piedrecillas rayadas cogidas en las marinas playas, donde los dos amantes se habían encontrado por la primera vez, y donde habían vagado juntos á la ventura también por vez primera.

Allí también se hallaban guardadas, bien más precioso que todos los demás, aquellas cartas con ayuda de las cuales, desde el primer día en que se habían dicho que se amaban, podían volver á seguir el curso de su vida, ola por ola, árbol por árbol, flor por flor.

Esas cartas que son casi siempre la catástrofe en los amores, y que sin embargo nadie es bastante dueño de sí mismo para no escribirlas, ni tiene suficiente valor para quemarlas una vez ya escritas.

Y sin embargo, se podían quemar y guardar las cenizas; pero éstas son la imagen de la muerte, de la nada.

Estaba allí también sobre la chimenea el pequeño tarjetero en que ambos habían escrito la misma fecha; la del 7 de Marzo.

Á ambos lados del espejo de la chimenea se veían dos cuadros de flores pintados por Mad. de Marande cuando aun estaba soltera.

Y había allí también, reliquia extraña, en la que con la superstición propia de los poetas Juan Robert tenía la fe más completa; estaba allí, suspendida del espejo, la blanca corona de flores que Lidia había llevado en su primera comunión.

Había allí todo lo que en un cuarto destinado no sólo á la reunión y á la felicidad, sino á esperar y á soñar, había

allí todo lo que puede hacer soportar el tiempo de espera, todo lo que puede aumentar la felicidad.

Inútil es decir que no era siempre Juan Robert quien esperaba.

Al principio rehusó obstinadamente servirse de aquella habitación perteneciente á la casa de Mr. de Marande. Con esa delicadeza propia de un alma escogida había expresado á Lidia su repugnancia.

Pero Lidia le había contestado:

— Dejaos guiar por mí, amigo mío, y no seas más delicado de lo que yo misma soy: lo que os propongo, creedme, puedo proponéroslo; *es mi derecho*.

Y Juan Robert quiso hacerse explicar aquel *derecho*.

Pero Lidia no le dejó hablar diciéndole:

— Fiaos en mi susceptibilidad y no me preguntéis más, porque me pediríais que os revelara un secreto que no es mío.

Y Juan Robert, que en resumidas cuentas estaba enamorado como un loco, había cerrado los ojos y se había dejado llevar como por la mano al pequeño palomar de la calle Laflite.

Allí era donde había pasado las más dulces horas de su vida.

Allí, como ya hemos dicho, todo era bello, todo grato, hasta el esperar.

Esta noche como siempre se hallaba en esa disposición de espíritu y de corazón, llena de encanto, llena de ternura, esperando á la bella criatura, á quien adoraba.

Besaba con religioso respeto la corona de flores de Lidia que había descansado sobre su cabeza cuando niña, cuando oyó el ruido de un peñador y los pasos de alguien que se acercaba.



Reconoció aquellos dos ruidos y sin separar los labios de la corona, se contentó con volverse un poco hacia la puerta.

El beso empezado sobre las flores de la corona fué terminado sobre la temblorosa frente de la joven.

— ¿Me he hecho esperar? preguntó sonriendo.

— Lo que se hace esperar un pájaro, dijo Juan Robert; pero ya sabéis, querida Lidia, que el dolor no se mide por su duración, sino por su intensidad.

— ¿Y la felicidad?

— ¡Oh! la felicidad no se mide.

— Hé ahí el por qué aquél dura más que ésta: vamos, venid, señor poeta, tienen que felicitaros.

— Y bien... pero... preguntó Juan Robert que sentía al bajar á casa de Mad. de Marande la misma repugnancia que sintió en un principio para subir al pajarero; ¿por qué no aquí?

— Porque he querido que el día concluya para vos como ha empezado: entre dos adoraciones, las flores y los perfumes.

— ¡Oh! mi bella Lidia, dijo el joven mirándola amorosamente, ¿no sois vos á la vez un perfume y una flor? Y para encontrar esas dos adoraciones mías, como vos las llamáis, ¿necesito acaso ir á otro sitio que á aquel en que os halláis vos?

— Tenéis que obedecerme en todo. He decidido que esta noche se os coronaría en mi casa de laurel: venid, pues, poeta, ó no hay coronas.

Juan Robert separó dulcemente su mano de la de la bella encantadora, y se dirigió hacia la ventana, cuya cortina descorrió lentamente.

— ¿Pero está en su casa Mr. de Marande? preguntó

— ¿Que si está en su casa? preguntó maliciosamente Lidia.

— Sí, dijo Juan Robert.

— ¡Ah! dijo la joven.

— ¿Y bien?

— Y bien, os espero. ¡Ah! vos no seréis como un pájaro, é inútil es haceros oír el reclamo.

— Lidia, os juro que á veces me asustáis.

— ¿Por qué?

— Porque no os comprendo.

— No, no es eso... es que os decís á vos mismo: esta Mad. de Marande es...

— No acabéis, Lidia; sé que sois una mujer adorable, que tenéis un corazón leal y bueno, un alma delicada.

— Pero dudáis de ello; Sr. Juan Robert, ¿queréis, si ó no, seguirme á mi habitación? *Es mi derecho.*

— ¿Y vuestro derecho es un secreto que no os pertenece?

— No.

— Sólo que como todo secreto, ¿será permitido adivinarlo?

— Con tal que yo no os ayude de modo alguno á ello, mi conciencia está tranquila. ¡Adivinad!...

— Creo que he dado con él, Lidia.

— ¡Bah! dijo la joven abriendo sus grandes ojos en los que había más duda que admiración.

— Sí.

— ¿Y bien? veamos.

— Sí lo he acertado, ¿me lo confesaréis?

— Decid.

— Pues bien, ayer me he encontrado con vuestro marido en una de las calles que conducen á la Muette.

— ¿Á caballo ó en carruaje?



— Á caballo.

— ¿Solo?

— No sé si debo deciros cómo.

— Si, porque no soy celosa.

Y Mad. de Marandé dijo esta afirmación con tal franqueza, con tanta naturalidad, que era fácil conocer decia verdad.

— Pues bien, continuó Juan Robert; no iba solo: servía de caballero á una encantadora amazona.

— ¡ Ah! ¿ de veras?

— ¿ Es que os digo algo nuevo?

— No, pero en todo esto no veo que hayáis acertado el secreto que pretendéis adivinar.

— ¡ Oh! es bien fácil: he pensado que puesto que Mr. de Marande no tiene escrúpulo en acompañar al bosque á otra mujer que la suya, de aquí el derecho que vos decis ó creéis.

— No os he dicho que me creía con *un derecho*, sino que *le tenía*.

— ¿ Conque no he adivinado?

— No.

— Permitidme que os haga una pregunta.

— Hacedla.

— ¿ Responderéis á ella?

— Según.

— ¿ Cómo es que Mr. de Marande, teniendo por esposa una tan adorable criatura como vos, cómo en vez de ser el amante de todas las mujeres...

— Y bien, ¿ qué?...

— ¿ No es el marido de la suya?

— Hé ahí el secreto que no puedo deciros, querido poeta.

— ¿ Por qué?

— Os lo repito, porque no es mi secreto.

— ¿ Pero de quién es ese secreto?

— Es el secreto de Mr. de Marande. Venid.

Y Juan Robert, no encontrando más objeciones que hacer, se dejó guiar por aquella Ariadna al través de las vueltas y revueltas del laberinto del palacio Laffitte.

— Vamos, murmuró siguiendo, parece al menos que en este laberinto no hay Minotauro.

## CAPÍTULO XII.

CALLE DE ULM. — PRESENTIMIENTOS DE BABYLAS.

La habitación de Mad. de Marande se hallaba situada en el primer piso, en el centro del ala derecha del palacio de la calle Laffitte ó de Artois, como se quiera, según que se quiera llamarla por su nombre actual ó designarla por su antigua denominación.

Abandonaremos aquí á Juan Robert y á Mad. de Marande, por un motivo que el más exigente lector hallará justo, y es, que habiéndose cerrado cuidadosamente la puerta de aquella habitación entre ellos y nosotros, no nos es fácil entrar.

¿ Y qué iríamos á hacer en el cuarto de esa adorable Mad. de Marande, á quien queremos con toda el alma?

Además, conocemos ya la habitación.

Sigamos, pues, en un barrio menos aristocrático, hacia el cual camina soñando ese poeta francamente abierto á